

dió el marques de Mondejar, bien que salvó todavía á muchos, ya no pudo evitar que el barranco y laderas quedáran sembradas de cadáveres y regados de sangre cristiana.

Irritó en vez de hacer perder aliento al general de los cristianos este desastre, y resuelto un día á acometer la terrible guarida de los moros, dió á cada capitán sus instrucciones, y combinados los movimientos y dando principio las compañías á subir con admirable decision aquellos recuestos pedregosos, descargando los cristianos sus arcabuces, contestando los moros, hombres y mugeres, con peñas y piedras que arrojaban desde su atrinchamiento, duró el combate todo el día, y fué necesario que viniera á poner tregua la noche. Esperaba el marqués para volver á la pelea que asomara otra vez el alba, cuando fué avisado de que el Zamar, temeroso de perecer de hambre en aquel estrecho recinto, habia persuadido á los suyos y acordado con ellos abandonarle calladamente con toda la gente de guerra y las mugeres que tuvieran ánimo para seguirlos. Y en efecto, bajando por despeñaderos que parecian solo practicables para las cabras, habian ido desliziéndose hácia las Albuñuelas, quedando solo los viejos y una parte de las mugeres con esperanza de salvar las vidas entregándose á la clemencia del vencedor. Receloso no obstante el marqués, aguardó á que luciera el día, y cuando se cercioró de la ver-

dad del suceso, ordenó á los suyos avanzar al fuerte, de que sin resistencia se apoderaron. El Zamar, errante por aquellas sierras con una hija snya en los hombros, doncella de trece años, cayó en poder de unos soldados cristianos (1). El marqués de Mondejar, tal vez por desvanecer la reputacion de blando con los rebeldes y de escesivamente generoso con los vencidos de que le acusaban en la córte y en Granada, obró en esta ocasion con un rigor estremado, contrario al parecer á su carácter, haciendo pasar á cuchillo con despiadada crueldad á cuantos halló en el fuerte sin consideracion á sexo ni edad, sin perdonar á ninguno, y sin dejarse ablandar ni por las lágrimas y lamentos de aquellos infelices, ni por los ruegos de sus mismos caballeros y capitanes (2).

Repartió el botín entre los soldados; hizo asolar el fuerte; envió á Motril los enfermos y heridos, que eran muchos; permaneció allí hasta el 14 de febrero; partió despues á visitar los presidios de Almuñecar, Motril y Salobreña, y dió la vuelta á Orgiba á proseguir la reduccion de los lugares de la Alpujarra. El mando y cargo que habia tenido don Juan de Villaroel le confirió á su hijo don Francisco de Mendoza.

Mas ya es tiempo de dar cuenta de lo que por

(1) Llevado á Granada, le hizo ajusticiar el conde de Tendilla. capítulo 29 á 32.—Ginés Perez de Hita, Guerras civiles de Granada.
 (2) Mendoza, Guerra de Granada, lib. II.—Mármol, Rebelion y castigo de los moriscos, lib. V., —Cabrerá, Historia de Felipe II., libro VIII., cap. 19 á 24.

otra parte habia ejecutado el marqués de los Velez, gran señor en el reino de Murcia, á quien el presidente de la chancillería de Granada, don Pedro de Deza, desafecto al marqués de Mondejar, habia escitado á que acudiese en socorro de las ciudades de Almería, Baza y Guadix, que los insurrectos moriscos amenazaban y tenian en peligro. Apresuróse en su virtud el de los Velez á convocar á sus amigos y vasallos, y congregando ademas las milicias de Lorca, Caravaca, Cehegin, Mula y otros lugares de aquella tierra, sin aguardar orden de S. M. y anhelando entrar armado en el reino de Granada, partió de su villa de Velez Blanco (4 de enero, 1569), y atravesando la sierra de Filabres con un temporal deshecho de vientos, hielos y nieves, fué á alojar á la villa de Tabernas, donde descansó hasta el 13, esperando órdenes del rey y las banderas que habian de llegar de Murcia. Ya antes el capitán don García de Villaroel, saliendo de Almería, habia hecho una atrevida sorpresa en encamisada á los moros de Benahadux, llevando á Almería la cabeza de su caudillo y siete prisioneros que fueron ahorcados de las almenas de la ciudad. A esta empresa le habian acompañado el arcediano, el maestrescuela y otros varios prebendados de aquella iglesia, tomando así la guerra por aquella parte el mismo carácter religioso que hemos visto por la de Granada.

El movimiento del marqués de los Velez y su

entrada en un reino en que no ejercía mando, fué mirada como una intrusion, y como origen de una funesta rivalidad entre los dos generales, si bien el presidente Deza y los partidarios del sistema de rigor y de esterminio ensalzaban al de los Velez como hombre que no habia de admitir partidos de los hereges ni contentarse con reducirlos como el de Mondejar, y en este sentido informaban al rey y al Consejo. Así fué que el monarca, sin considerar el inconveniente de la coexistencia de dos capitanes generales en una misma provincia, ni el agravio que de ello habia de recibir el marqués de Mondejar, envió sus despachos al de los Velez mandándole acudir á la parte de Almería. Con esto alzó su campo y dirigióse á Huécija, donde muchedumbre de moros acaudillados por Fernando el Gorri se habian hecho fuertes, soltado las aguas de las acequias para empantanar los campos y atravesado maderos y árboles en las veredas y caminos para impedir el paso de la caballería. Llevaba el marqués cinco mil infantes y trescientos caballos y le acompañaba su hermano don Juan Fajardo, sus hijos don Diego y don Luis, y otros parientes. Don Juan iba de maestre de campo y don Diego guiaba la caballería. A pesar de los estorbos que embarazaban el camino, de los reductos que defendian la poblacion y de la resistencia porfiada de el Gorri, todo cedió al ímpetu de los soldados del marqués, y los moros fueron desalojados, huyen-

do unos á Andarax con el Gorri para incorporarse con Aben Humeya, otros con Aben Meknum por la sierra de Gádor á Filix, donde pronto se reunieron otra vez tres ó cuatro mil hombres. Pero la gente del marqués, que de todo tenia menos de subordinada, y cuyo móvil y afán era la presa y el botín, luego que se vió con despojos y esclavas desbandóse por aquellos cerros á gozar del fruto de sus rapiñas.

Verdad es que aquel incentivo llevaba cada dia nuevas bandadas de gente á las banderas del marqués, y en reemplazo de aquellos desertores se halló en pocos dias con cerca de ocho mil combatientes, con los cuales se decidió á internarse con un intensísimo frío en la sierra de Gádor en busca de los refugiados en Filix. Habíase adelantado por su cuenta el capitán de Almería don García de Villaroel por la codicia de anticiparse al saqueo, pero vió defraudadas sus esperanzas con la actitud imponente en que encontró á los moros. Así como el corregidor de Guadix, Pedrarias Dávila, en una salida á la tierra de Zenete hizo una presa de mas de dos mil mugeres y niños y mil acémilas cargadas de ropa. El creerse todo el mundo con derecho á apropiarse todo lo que á los moriscos pudiera coger, era el cebo que atraía á muchos á una guerra, en que, como dice cándidamente uno de los historiadores que en ella iban, «todos robábamos (1).» La acción de Filix fué una de las

(1) Ginés Perez de Hita.

mas sangrienta de esta campaña, porque los moros pelearon desesperadamente, y hasta las mugeres acometian con armas y piedras, y cuando mas no podian arrojaban puñados de lodo á los ojos de los cristianos. Pero tuvieron que sucumbir al número y murieron en tres encuentros millares de moros, entre ellos los capitanes Futey y el Tezi, sobre todo multitud de ancianos, mugeres y niños (fin de enero, 1569). Los soldados del marqués de los Velez hicieron despues de la victoria de Filix lo mismo que habian hecho despues del triunfo de Huécija, desertarse cargados de botín. Una vez que intentó el marqués castigar un soldado de la compañía de Lorca, amotinóse toda la compañía, diciendo al general que tuviera entendido que si castigaba á su paisano Palomares (que así se llamaba el soldado), habia tres mil hombres dispuestos á morir con él ó por él.

Las noticias que se recibian eran de que venian turcos en auxilio de los moriscos españoles, y de que Aben Humeya habia despachado á su hermano á pedir socorros á Berbería y Argel. Entre otras disposiciones que el rey tomó con este motivo fué mandar á Gil de Andrada que se acercase con sus galeras á la playa de Almería para abastecerla de municiones y vituallas, y enviar á aquella ciudad á don Francisco de Córdoba para que prosiguiese la guerra por aquella parte, con órden al marqués de los Velez para que suministrase parte de su gente. La expedición que hi-

zo don Francisco de Córdoba á la sierra de Inóx (febrero) fué muy notable y le dió gran fama, porque se apoderó de un fuertísimo peñon en que se abrigaban multitud de moros, en lo mas encumbrado y fragoso de la sierra, al modo del de las Guájaras, y donde los rebeldes no creian pudiera llegar planta cristiana. Y mientras don Francisco de Córdoba remataba esta difícil empresa, el marqués de los Velez desbarataba en Ohañez las cuadrillas que habian escapado de la Queda de Mondejar, huyendo los que quedaban á las cuevas que tenian en los riscos, donde eran tambien cazados y ahorcados. Muchas fueron las mugeres moriscas que en esta especie de ojeos murieron desastrosamente, ó acuchilladas por los soldados, ó despeñándose á los abismos abrazadas á sus criaturas, sucediendo escenas que la pluma se resiste á describir (1).

Tal era el estado de la guerra cuando volvió el marqués de Mondejar victorioso de las Guájaras á acabar de reducir la Alpujarra. La acogida que hacia á los que venian á someterse le atrajo la sumision de todos los lugares y de los desventurados que vagaban aun por las breñas con sus mugeres y sus hijos, medio muertos todos de frio y de hambre, quedando solamente como unos quinientos de aque-

(1) Mendoza, Mármol y Perez de Hita refieren muchos casos y lastimosas tragedias, que el lector, vista la naturaleza de esta guerra, se puede fácilmente figurar.

llos feroces monfis ó bandoleros que habian comenzado la guerra y aun no querian rendirse. Pero de todos modos andaban ya cuadrillas sueltas de diez y doce soldados cristianos por casi todo el pais, en verdad haciendo ellos mas daño, que con temor ya de recibirle. Hasta aquellas mil moriscas cautivas que el de Mondejar habia dejado como en depósito en las casas de sus maridos ó padres fueron entregadas á una orden suya: ¡tal era ya el temor y la sumision de aquella gente! Por cierto que enviadas á Granada, unas murieron en cautiverio, y otras fueron vendidas en pública almoneda por cuenta de S. M. (2). La guerra pues podia darse por concluida, y si se cometian excesos era por parte de los soldados cristianos, que se desmandaban en cuadrillas á correr y saquear la tierra, y mataban á los descuidados moros, y les arrebataban sus mugeres é hijos, y les quemaban ó robaban las haciendas, como sucedió en el lugar de Laroles.

Faltaba solamente al marqués de Mondejar para su completo triunfo prender al reyezuelo de los mo-

(2) Consultó Felipe II. al Consejo Real y á la Audiencia de Granada si los presos en esta guerra habian de ser esclavos. Hubo letrados y teólogos que opinaron por la negativa, pero prevaleció el dictámen mas riguroso, resolviéndose que podian y debian serlo, con arreglo á la decision de un antiguo concilio toledano contra los judios. El rey se adhirió á este dictámen, y sobre ello espidió pragmática, con la diferencia de eximir de la esclavitud á los varones menores de diez años, y á las hembras que no llegasen á once, los cuales se darian en administracion, para criarlos y doctrinarlos en las cosas de la fé.—Pragmáticas de Felipe II.—Mármol, Rebelion, lib. V., cap. 32.

riscos Aben Humeya, y á su tío Aben Jahuar. Y como tuviese aviso por uno de sus espías de que despues de andar de día ó errantes por la sierra de Berchules ó escondidos en cuevas, solian recogerse de noche en casa de Aben Abóo, preparó la manera de sorprenderlos y apoderarse de sus personas, en cuya empresa tenia un doble interés, el de desembarazarse de dos enemigos que acaso un día podrían volver á serle molestos, y el de acallar las hablillas de que sabia estaba siendo objeto entre sus enemigos de la córte y de Granada. Los encargados de la ejecucion de esta empresa, que fueron los capitanes Alvaro Flores y Gaspar Maldonado, acordaron dividirse para ir cada uno con su gente á uno de los dos lugares en que habia sospecha que pudieran albergarse. Maldonado, que se encaminó á Medina, lugar asentado en la falda de Sierra Nevada, fué el que anduvo mas certero, pues se hallaban en efecto en casa de Aben Abóo, y hubieran sido completa la sorpresa sin la imprudencia de un soldado que cerca ya de la casa disparó su arcabuz. Alarmados con esto los que en ella estaban, la mayor parte durmiendo, Aben Jahuar el Zaguer y algunos otros tuvieron tiempo para arrojarse por una ventana que caia á la sierra y ganar la montaña, aunque maltratados de la caída. Aben Humeya, que era de los que dormian, aun estaba dentro cuando los cristianos trabajaban ya por forzar ó derribar la puer-

ta. Ocurrióle en aquel apuro abrirla disimuladamente él mismo quedándose escondido detrás: los soldados entraron en tropel en los aposentos, y aprovechando aquellos momentos de confusion, logró fugarse, dejando á todos burlados. Dióse á Aben Abóo un género de tormento horroroso para que declarara donde se escondia Aben Humeya: el morisco lo sufrió con un valor bárbaro sin querer revelar nada, y allí fué dejado como por muerto, volviéndose los cristianos despues de robada su casa, y trayendo consigo presos diez y siete moros, que el marqués de Mondejar hizo poner en libertad, por ser de los que gozaban de seguro ⁽¹⁾.

Mientras de esta manera se habia conducido el marqués de Mondejar, subyugando en escasos dos meses de rigurosísimo invierno un pais montañoso alzado en masa y poblado de gente feroz: mientras él, sin darse un día de reposo, y empleando alternativamente la espada y la política, iba dando cima á una guerra que habia emprendido con escasos recursos y con poca gente, y ésta la mayor parte concejil, mal pagada y peor disciplinada, de esa que, como dice un escritor contemporáneo, «tenia el robo por sueldo y la codicia por superior ⁽²⁾,» á escepcion de los caballeros particulares que militaban á su costa: mientras él vencía con las armas á los armados, y admitía á

(1) Mármol, lib. V., cap. 34.— (2) Don Diego de Mendoza. Mendoza, Guerras, lib. II.

merced á los que se le sujetaban y rendian, estaba siendo objeto de calumnias y blanco de intrigas con que sus enemigos no cesaban de indisponerle y malquistarle con el rey. El presidente y la chancillería de Granada, el corregidor y ayuntamiento, que desde las competencias de jurisdiccion le habian mirado siempre con enemigos ojos, frecuentemente enviaban al monarca emisarios que representaban al marqués como hombre tibio en el castigar aquella gente malvada, y fácil en recibir á partido á los que se le entregaban y sometian; hacíanle un delito en no acabar á hierro y fuego con aquellos traidores á Dios y el rey; acusábanle de permitir mucho á sus oficiales, de no poner cobro en el quinto y hacienda del soberano, de no dar parte de los sucesos al presidente, audiencia y corregidor, é imputábanle á este tenor otras faltas, al propio tiempo que recomendaban y ensalzaban al marqués de los Velez, engrandeciendo su valor y su consejo, y sobre todo su rigor con los descreidos moriscos enemigos de la fé. Noticioso de estas cosas el de Mondejar, habia enviado á la córte, ya á don Diego de Mendoza, ya á don Alonso de Granada Venegas, para que informasen al rey de los progresos de la campaña, de los buenos efectos de su política, de cómo el quinto era depositado en manos de los oficiales reales, de que asi como el presidente y oidores de la chancillería no le comunicaban á él los secretos de sus acuerdos, tampoco él tenia para qué comunicar

con ellos los de la guerra de que no entendian, y por último, de que sometido el pais, como ya le tenia, á la voluntad del rey quedaba la aplicacion del castigo; y no pudiendo los vencidos oponer ya resistencia, S. M. podia ó acabarlos, ó arrojarlos del reino, ó internarlos y derramarlos por los pueblos de Castilla.

Vacilaba el rey sobre el partido que debería tomar en vista de tan opuestos informes y consejos que le daban, y de tantos chismes como zumbaban en torno á sus oidos por parte de los del Consejo real, de la chancillería y autoridades de Granada, de los caballeros y magnates de Andalucía, y de los amigos del marqués de Mondejar. Esforzabase don Alonso de Granada en persuadir al soberano á que fuese en persona á visitar y acabar de reducir aquel reino, como lo habian hecho con fruto los Reyes Católicos, seguro de que con su presencia se allanaria todo. Pero contradecíanle el cardenal Espinosa con los mas del Consejo, y juntamente fueron de parecer que el rey don Felipe enviase á Granada á don Juan de Austria, su hermano bastardo, jóven de grandes esperanzas, para que asistido de un consejo de guerra que se formaria en aquella ciudad, proveyese á las cosas del reino, bien que sin poder determinar nada sin consultarlo antes al Consejo supremo. Resolvióse el rey por este partido, y en un mismo día (17 de marzo) espidió dos provisiones, una á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, embajador entonces

en Roma, y teniente de capitán general del mar de don Juan de Austria, para que con las galeras de Italia y los tercios de Nápoles viniese á España, y juntándose con don Sancho de Leiva, defendiese la costa de las naves que pudieran venir de Berbería; otra al marqués de Mondejar, para que dejando en la Alpujarra dos mil trescientos hombres á cargo de don Francisco de Córdoba, ó de don Juan de Mendoza, ó de don Antonio de Luna, viniese á Granada á asistir en el consejo á don Juan de Austria, su hermano, ó bien permaneciese en Orgiba y guardase las órdenes que le enviara don Juan. Optó el marqués por el primero de los medios propuestos, pareciéndole mas ventajoso y mas digno, y dejando la gente de guerra á don Juan de Mendoza, se vino á Granada. Ordenó igualmente el rey al marqués de los Velez, que estando á lo que le mandase don Juan de Austria, enviase luego á Granada relacion del estado en que se hallasen las cosas de la parte oriental de aquel reino donde él estaba, para proveer lo conveniente.

El consejo de don Juan de Austria se habia de componer del duque de Sessa, nieto del Gran Capitán, del marqués de Mondejar, Luis Quijada, presidente de Indias, el presidente de la audiencia de Granada don Pedro de Deza, y el arzobispo. El mando militar del reino de Granada se habia de dividir entre el marqués de los Velez y el de Mondejar, quedando á cargo del primero los partidos de Almería, Baza,

Guadix, rio Almanzora y sierra de Filabres, al del segundo el resto del reino.

Mas en tanto que estas medidas se preparaban, desoido el marqués de Mondejar porque su consejo no era el del rigor, ni su opinion la de los ministros del rey, ni acaso la del monarca mismo, y desaprovechada aquella ocasion para haber hecho de los moriscos rendidos lo que mas se hubiera creído convenir, dióse lugar á que estallara una nueva insurreccion, que habia de costar aun mas sangre que la primera, provocada por las correrías, incendios, robos y asesinatos que los soldados hacian en cuadrillas, so pretexto de encontrar moros armados y en actitud de guerra, no siendo ya bastante á tenerlos á raya el marqués, desautorizado por aquellas medidas y reducido á la inaccion. Los moros, que de aquella manera provocados se alzaban, recurrieron de nuevo á su rey Aben Humeya, ofreciendo esta vez no rendirse hasta morir, y él los alentaba con la esperanza de próximos auxilios del Gran Turco, que su hermano Abdallah habia ido á solicitar ⁽¹⁾. Corrió en esto la

(1) En efecto, hallábase Abdallah en Constantinopla gestionando en este sentido cerca del Gran Señor, diciendo que habia sesenta mil moros armados en el reino de Granada, sin contar los de Valencia, Aragon y Castilla, los cuales todos se alzarían en cuanto él llegara y le harían señor del reino. Mubammeth por rivalidad con Mustafá protegía los intentos del morisco español, tratando de persuadir al sultan Selim que debia emprender la guerra de España en ayuda de los oprimidos moros, con preferencia á la expedicion á Chipre que meditaba y le aconsejaba su rival Mustafá. Pero Selim se decidió por lo último, como luego habremos de ver, y despachó al embajador granadino con cartas para

voz en Granada de que Aben Humeya trataba con los moros del Albaicín de que se alzasen, y á una señal suya él acudiría á la ciudad, en cuya conspiracion, verdadera ó supuesta, se decia entraban los moriscos presos en la cárcel de chancillería, que eran mas de ciento, de los mas ricos y acomodados de la poblacion, aunque gente inhábil para la guerra, entre ellos don Antonio y don Francisco Valor, padre y hermano de Aben Humeya. Denunciado este proyecto al presidente Deza, como asimismo que se veian fogatas á la parte de Sierra Nevada, dió orden para que se pusiese en armas la guarnicion; se repartieron tambien armas entre los cristianos presos; el atalaya de la torre de la Vela, acaso prevenido, tocó á altas horas de la noche (17 de marzo) la campana de rebato; á esta señal los cristianos armados de la cárcel acometieron á los moriscos, los cuales se defendian valerosamente en sus calabozos; alborotóse la ciudad; entraron los soldados en la cárcel, y comenzaron á degollar los moriscos presos; vendian estos infelices caras sus vidas arrojando á sus matadores piedras y ladrillos que arrancaban de las paredes, vasos, sillas, tablas, y cuanto habian á las manos, pero al cabo de siete horas de desesperada defensa, sucumbieron al número, y fueron degollados todos en número de ciento y diez, á escepcion de don Antonio

el virey de Argel Uluch Ali, el nos turcos á España á sueldo de cual se contentó con enviar algu- Aben Humeya.

y don Francisco de Valor, á quienes protegieron sus guardadores. Si todos estos desgraciados habian sido culpables en deseo, solo algunos parece que lo habian sido en pláticas, pero al presidente que no habia impedido la matanza no se exigió responsabilidad alguna (1).

La insurreccion de los moriscos de la Alpujarra crecia otra vez de dia en dia; ellos mataban á los capitanes cristianos, y los cristianos incendiaban y talaban los lugares de los moros, sin reparar en que estuvieran ó no reducidos. Urgia ya la presencia de don Juan de Austria para ver si ponía remedio á aquel desorden. Al fin despidióse el jóven príncipe del rey su hermano en Aranjuez (6 de abril, 1569), y partió para Granada en compañía de Luis Quijada que en su infancia le habia criado. El recibimiento que á don Juan se hizo en aquella ciudad fué suntuoso y solemne, y digno de la calidad de su persona. Acabadas las ceremonias, las arengas y los festejos, comenzó á oír á unos y á otros acerca del estado del reino y de los negocios de la guerra, y á tomar las providencias que iremos dando á conocer en otro capítulo.

(1) Mendoza, Guerra de Granada, lib. V., cap. 38. nada, lib. II.—Mármol, Rebelion,